

## EL QUIMÉRICO INSTITUTO DE LITERATURA CHILENA

por RAÚL SILVA CASTRO

Hace algún tiempo recordé que se habían cumplido ya treinta años desde el día en que lancé la idea de que se creara el Instituto de Literatura Chilena, en un artículo acogido por la *Revista de Educación*. Algunos amigos a quienes señalé aquella circunstancia lamentaron conmigo que la iniciativa no hubiera sido atendida, y me instaron a insistir en el tema, si bien para ello hubiera de contrariar mi radical pesimismo. Soy de los que creen innecesario volver sobre los mismos asuntos, y siempre estoy a la caza de novedades, en los libros y en los sucesos de la vida ambiente, a fin de no anquilosarme en unos mismos estudios. El tema del Instituto de Literatura Chilena pudo, pues, como otros, quedar esta vez olvidado de mí, así como lo había sido por muchas otras personas. Pero cedí a la tentación.

Después de aquella primera publicación de 1930, había vuelto en 1933 a tocar el tema en la misma *Revista de Educación*, con un artículo en el cual intenté formular una especie de programa de organización para el Instituto. Y como en 1932 había alcanzado yo la dignidad de profesor extraordinario de Literatura Chilena en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, previo examen oral público y previa la presentación de una tesis escrita sobre la especialidad, bien podía juzgarme capacitado para acometer la tarea de organizar el Instituto de Literatura Chilena y de encauzar sus primeras actividades, ya que en 1933 eran ciertamente muy pocos los chilenos a quienes había interesado su existencia. Las cosas fueron disponiéndose en forma diferente en los años que siguen, y es el hecho que hemos llegado a 1960 sin que se haya creado aquel Instituto de Literatura Chilena, a pesar de que, según me informo, su existencia debe ser considerada ya cosa "obvia".

Esta última expresión la encuentro en el artículo que firma el profesor don Félix Martínez Bonati, *Instituto de Literatura Chilena*, en el núm. 11 de este mismo *Boletín*. El catedrático Martínez Bonati ha tenido, además, en el curso de su disertación, la bondad y la gentileza de referirse no sólo a mi anterior colaboración en este *Boletín* (*Creación de un Instituto de Literatura Chilena*, núm. 10, abril de 1960), sino también de condecorarme con algunas expresiones de encomio por mi modestísima labor de investigación literaria. No las rechazo, porque las creo bien inspiradas; pero me apresuro a decir que no hay en ellas nada de efectivo o de real, y que el señor catedrático ha procedido con extrema benevolencia al juzgar mis logros. Ahora bien, releo mi artículo ya citado, y lo encuentro enteramente impropio del estado actual de la cuestión. En él he empleado yo, de principio a fin, el tono que corresponde a una persona que tiene facultades ejecutivas para hacer una cosa, y que participa a sus vecinos cómo la hará. Y esto es un error. Aun cuando la creación sea "obvia", la verdad es que todavía no está acordada; que el Instituto de Literatura Chilena no pasa de ser una quimera que comparten muy pocas personas; que muchos de los potenciales interesados en él no terminan

de ponerse de acuerdo sobre la bondad misma de la creación; y que, en fin, es prematurísimo cuanto se diga en aquella actitud ejecutiva, que soy yo, por lo demás, el menos capacitado para adoptar. No de otra suerte se deben entender algunas de las reservas que hace el señor catedrático Martínez Bonati en su artículo.

Yo creía haber dicho con claridad perfecta que el Instituto de Literatura Chilena debe funcionar adscrito al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile; y creo, además, haber probado a lo largo de treinta años que esa ha sido mi intención. Digo así porque en esos seis lustros se han creado muchos otros institutos pedagógicos en Chile, sin que a mí jamás se me haya pasado por la mente ofrecer a ellos mis servicios como investigador de literatura chilena, ya que entre nosotros se estila que sean los hombres los que vayan en pos de los empleos, los procuren y los obtengan tras esfuerzos denodados, que suelen ocupar años. Sin embargo, de algunas expresiones que emplea el señor catedrático Martínez Bonati en su composición, parece desprenderse que mi fraseología no ha sido suficientemente clara, y que, en fin, no tuve la fortuna de ser preciso en la exposición de mis ideas. Debo declarar ante todo que lo siento mucho. En los años que llevo de vida literaria, siempre he procurado obtener la claridad, y es la precisión de mis ideas la que me ha permitido permanecer, en términos generales, ajeno de las disputas y controversias que suelen distanciar a los hombres de letras, entre quienes, sea dicho al pasar, me he movido con perfecta soltura y sin enemistades que me separen o aislen. Pero esta vez habré de confesar que me equivoqué en la elección de los medios de darme a entender, y en consecuencia debo volver un poco atrás.

Dice el señor catedrático Martínez Bonati: "... El artículo citado, al programar la realización por los alumnos del Instituto Pedagógico de memorias y estudios menores sobre la literatura chilena, arroja como espesa sombra de indirecta sugestión el pensamiento de que tales trabajos no habrían sido hechos hasta ahora."

Pues si la sugestión existe, permítaseme decir que, llevado de la terminología del especialista, he cometido un gravísimo error al no hacer una categórica reserva que me dejara a cubierto de cualquier imputación malévola. Tal como dice el señor catedrático, aquellos trabajos se han ejecutado, y siguen ejecutándose. Yo no he podido pretender otra cosa; lo que sí me permitiré seguir pretendiendo, aun cuando con ello disguste a algunas personas, es que en el futuro los trabajos que tienen como tema la historia de la literatura chilena hayan de efectuarse necesariamente al través del Instituto de Literatura Chilena, que para el Instituto Pedagógico centralizaría, ordenaría y armonizaría los datos e informaciones necesarios para darles forma. Hecho este acto de contrición, establecido que no es ni ha sido mi intención negar que en el Instituto Pedagógico se estudia la literatura chilena, ¿quedaremos todos de acuerdo en que es necesario crear el Instituto de Literatura Chilena?

En otra parte de su disertación, el señor catedrático Martínez Bonati agrega: "La idea de la creación de un Instituto de Literatura Chilena, en fin, tampoco debe suponerse exclusiva de don R. Silva Castro. Es una idea demasiado general y obvia como para plantear el problema de su paternidad."

Pero si el tiempo permite que la discusión se extienda un poco, ¿cómo ocultar la circunstancia de que esta idea, a pesar de ser *obvia*, formulada hace treinta años, reiterada en ocasiones ulteriores, no ha sido jamás llevada a la práctica? En esos treinta años, por ejemplo, se han realizado las investigaciones a que se refiere el señor catedrático en su exposición, sin que la observación de las dificultades que ellas comportaron a sus autores haya sido suficiente para precipitar la creación del Instituto. No me pregunto por qué ha ocurrido esto; me limito a

consignar el hecho. No hago cargo a nadie; digo sólo aquello que puede comprobar cualquiera, esto es que el Instituto de Literatura Chilena, sugerido en 1930 como nueva sección o departamento del Instituto Pedagógico, espera todavía el "fiat" que le dé existencia.

Dice también el señor catedrático Martínez Bonati: "Con respecto, finalmente, a la pura dimensión científica del propósito de don R. Silva C., apuntaremos que centrar la formación literaria en las letras nacionales, es tomar una postura de provincianismo empecinado que desconoce el hecho de que esas letras nacionales no tienen su centro en sí mismas, ni forman un cuerpo cultural autónomo; que, por el contrario, viven de una tradición iniciada milenios antes del nacimiento de la nación, que en tal tradición recogen sus modelos y sus influjos fertilizantes, y que no pueden ser comprendidas, ni histórica ni formalmente, sin ser vistas como pequeña rama de una cultura complejísima."

Al decir estas palabras, el señor catedrático se está refiriendo a la misión que haya de cumplir, a mi entender, el profesor de segunda enseñanza, en el ejercicio de su cátedra, con relación a la literatura chilena, que ha cursado, entre otros ramos, en el Instituto Pedagógico. Pero para evitar circunloquios, permítaseme citar el párrafo pertinente de mi artículo, que es el que, aparentemente, ha servido al Sr. Martínez Bonati para asentir lo que acabamos de oírle: "Formados así, los estudiantes del Instituto Pedagógico saldrían a la enseñanza de liceos y colegios de segunda enseñanza con un concepto de la literatura chilena más claro que el que pueden proporcionarles las clases del ramo conforme hoy se entienden. Es posible que en el curso de su ejercicio profesional, ninguno de ellos vuelva a tocar la literatura chilena como tema de estudio personal directo; pero, en todo caso, durante la permanencia en el Instituto Pedagógico cada uno de ellos habría adquirido con los fenómenos literarios del país cierto grado de familiaridad que puede juzgarse fruto legítimo e inmediato de la redacción de los trabajos a que se ha hecho referencia. Algunos, en fin, saldrían a la educación pública convertidos en defensores de la literatura chilena, cuyas producciones enseñarían a conocer y amar entre sus alumnos."

Debo confesar que he leído y meditado varias veces estas sentencias, buscando pie a las observaciones que sobre ellas ha intentado el señor catedrático Martínez Bonati, y que no pude hallarlo. Claro está que podrían haber sido escritas con mayor elegancia; no dudo que desde el punto de vista del estilo pudieran ser mejores, más finas, más cautas, más agudas. Pero la verdad es que no se divisa por qué el "amar" la literatura chilena haya de ser incompatible con aceptar que ella es una pequeña rama de un árbol sumamente frondoso de conocimientos y de intuiciones, ni puedo divisar "provincianismo" en el hecho de que esta rama se aísle, para los objetos de su estudio y sólo para este efecto. Ni yo he propuesto "centrar la formación literaria" en el acervo de la literatura chilena, ni lo he sugerido ni puede legítimamente inferirse de mis expresiones, por descuidada que sea la lectura que de ellas se haga.

Vuelvo a lamentar, pues, que mi escrito no haya sido tan transparente como debió ser, y a pedir encarecidamente al señor catedrático Martínez Bonati, en nombre de los altos ideales que sin duda nos unen en el cultivo de las letras, que no me atribuya pensamientos que según me parece no he manifestado. Y hecho este paréntesis recupero el camino de la interesante discusión a que tímidamente me asomo.

Decía yo que hace treinta años manifesté interés por la creación del Instituto de Literatura Chilena; y que, pasados esos seis lustros, sigo luchando por la misma idea, si bien muy escéptico acerca del resultado final. Pero debo hacer, al paso, una ligera advertencia. Cuando empleo el verbo "luchar" lo saco de su significación primitiva y común, y con él quiero decir

sólo exponer una idea y defenderla. No soy hombre de lucha, y prefiero la armonía al disentimiento. Esto quiere decir todo lo que se desce.

En el caso concreto de la discusión que ha iniciado el señor catedrático Martínez Bonati, por ejemplo, y ya que es el suceso más vecino en el tiempo, quiere decir lo siguiente: que para mi gusto el Instituto de Literatura Chilena debe ser creado e instalado como yo he sugerido; pero si esta idea es inviable, acepto sin la menor reticencia que se le cree como desean otras personas. Lo que procuro sostener es la conveniencia, la necesidad de crearlo; no me detengo en los pormenores, paso por alto las disparidades de opinión, supongo que la diversidad de criterios no debe embarazar el paso decisivo, y me avengo, en fin, a que mi sugerencia sea considerada sólo el punto inicial de una gestión largamente prolongada en el tiempo, sin que el haberla prohibido en 1930 me dé atribución o aptitud alguna para cobrar, dentro de la marcha del Instituto, capacidad ejecutiva de ninguna clase. Más todavía. Si creado el Instituto de Literatura Chilena mis servicios pueden ser de alguna utilidad, me avendría por cierto a proporcionarlos, no *ad honorem*, claro está, porque mi situación de fortuna no me permite asumir tan gallarda actitud, pero con cualquier estipendio moderado o congruo. Más aún, finalmente: si mis servicios son útiles, no vacilaría en ofrecerlos, a riesgo de que sean rechazados, porque mi experiencia de cerca de cuarenta años en el trabajo administrativo y periodístico me lleva a concluir, como lección de orden genérico, que en Chile los empleos deben ser buscados, que a veces se les obtiene tras largas y humillantes diligencias, pero que jamás se ofrecen. Y al decir "mis servicios", hablo de cualquier acto rutinario y vulgar, como copiar fichas o hacer extractos de lecturas, ocupaciones menudas, domésticas, que alguien ha de llevar a cabo en el Instituto de Literatura Chilena y que yo estoy dispuesto a ejecutar. Como despedida, quiero asegurar al señor catedrático Martínez Bonati que su artículo me produjo, en algunos pasajes, la impresión nítida de que esta vez, en vista de tantos escollos como se descubren en el camino, no será creado el Instituto de Literatura Chilena. Pero que, en otros momentos, he creído divisar, en el fondo, cierta vislumbre de esperanza, ciertos rasgos benévulos y gentiles en los cuales podrían asirse quienes tengan fe en el futuro para seguir trabajando por cualquiera de los temas que interesan al esclarecimiento de las letras chilenas, y que son sin duda estos rasgos los que deben permanecer a la vista en la discusión. Yo personalmente nada pretendo. Después de exponer, hace ya treinta años, que se debe crear el Instituto de Literatura Chilena, y de oír, al cabo de ellos, que mi idea es obvia y que no cabe reivindicar su paternidad, siento muy claramente que mi senda, trazada ya, en ningún caso me llevará a cobijarme a la sombra que proyecte el alero del Instituto de Literatura Chilena. Y en esto el señor catedrático, aun cuando no lo haya pretendido, ha sido perfectamente claro en su disertación.

R. S. C.